

Discurso pronunciado el 9 de noviembre de 2007

**DISCURSO DE AGRADECIMIENTO DEL PREMIO
INTERNACIONAL BRÜCKE DE LA CIUDAD EUROPEA
DE GÓRLITZ/ZGORZELEC 2007**

Distinguidos invitados, queridos amigos:

Estar en el centro de la atención de políticos y científicos es algo inusual para un músico. Escucho aquí palabras sobre mi música y mi persona que suenan un poco exageradas para mis oídos, porque nunca me he propuesto las metas tan grandiosas que aquí han sido mencionadas. Mis objetivos y sus proporciones son mucho más modestos y sencillos. En el tiempo de gestación de mi música actual, estuve muy ocupado en la tarea de fortalecerme internamente y de resolver mis propios problemas. Tenía que alcanzar un estado que me permitiera encontrar el lenguaje musical que deseaba para mi vida. Estaba buscando una pequeña isla sonora. Buscando un *lugar* en lo más profundo de mi ser, donde —digámoslo así— pudiera establecer un diálogo con Dios. Encontrarlo significó una tarea vital para mí. Estoy seguro de que este tipo de necesidad —consciente o inconsciente— es propio de cada ser humano, y quizás muchos de ustedes sepan de qué estoy hablando y puedan reconocerlo.

Para ilustrar mis pensamientos, me gustaría describirles algo: cuando observamos cualquier sustancia u objeto a través de un microscopio de efecto túnel, una imagen ampliada mil veces se ve obviamente muy distinta de otra, ampliada un millón de veces. Si uno se mueve a través de los diferentes grados de la ampliación puede descubrir, en cualquier materia, *paisajes* hasta entonces impensables, y bastante caóticos. Pero en algún momento se llega a un límite, que se encuentra aproximadamente en la imagen ampliada treinta millones de veces. Aquí los paisajes fantásticos han desaparecido y lo único que queda es una geometría estricta, una especie de red muy clara y muy concreta. Lo asombroso es el hecho de que esta geometría es siempre muy similar, incluso en el caso de sustancias u objeto muy diversos entre sí.

¿Quizás se produzca algo semejante con los seres humano? Fantaseemos un poco. Intentemos observar el alma humana como a través de un microscopio, aumentando el grado de un ampliación paulatinamente. A medida que la ampliación aumenta

seremos testigos de cómo van desapareciendo de la imagen las características externas de un ser humano, con todos sus rasgos distintivos, sus debilidades y sus virtudes. Será una especie de proceso infinito de reducción que nos llevará en dirección a lo esencial. En este *viaje a nuestro interior* dejamos atrás todo los contextos sociales, culturales, políticos y religiosos. Al final arribamos a un patrón básico parecido a una red. Se la podría denominar quizás *geometría humana*, claramente ordenada, serenamente formada —pero, sobre todo, hermosa.

En esta profundidad todos somos tan parecidos que nosotros mismos somos capaces de reconocernos en cada uno de los otros. Y esta dimensión podría ser, de hecho, la única en la que un puente (de paz) verdaderamente eficaz sería imaginable, uno en el que todos nuestros problemas, en caso de que todavía existieran, tendrían solución.

Para mí es una gran tentación considerar esta sustancia tan bien ordenada, esta preciosa isla en el interior secreto de nuestra alma, como el *lugar* del que se nos dijo hace dos mil años que sería el Reino de Dios —es decir, dentro de nosotros. Independientemente de que seamos viejos o jóvenes, ricos o pobres, mujeres u hombres, talentosos o no tan talentosos. Y así intento hasta el día de hoy mantenerme en el camino, en la búsqueda de esa tan anhelada *isla mágica* en la que todos los hombres —y, para mí también, todos los sonidos— puedan convivir fraternalmente. Allí las puertas están abiertas para todos. Pero el camino es difícil —difícil hasta la desesperación. Este Premio Brücke me incentiva a seguir en este camino y me da nuevas fuerzas.

¡Muchas gracias por eso!

Arvo Pärt